

La catedral, palabra construida

Miguel de Santiago

La exposición organizada por la diócesis de Palencia, con el título «La catedral, palabra construida», abierta durante cinco meses (primavera-verano de 2005), se desarrolla en el claustro, sala capitular y cripta de la catedral palentina. Su comisario, diseñador y ejecutor es Ángel Sancho Campo, delegado diocesano de Patrimonio Cultural, que fue uno de los promotores de Las Edades del Hombre en unos años en los que desempeñaba el cargo de director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Patrimonio Cultural.

Esta exposición ha coincidido en el tiempo con otras muchas que han ido desarrollándose en distintas diócesis españolas para conmemorar los 150 años de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, mediante la bula *Inefabilis Deus* de Pío IX, el 8 de diciembre de 1854. Otros dos motivos se han añadido para justificar la muestra: la celebración del año

dedicado a la Eucaristía, convocado por el Papa Juan Pablo II para el tiempo que va desde octubre de 2004 (Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara, México) a octubre de 2005 (XI Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía), y la inauguración y presentación al pueblo de las obras realizadas en el primer templo diocesano en el último lustro. Con todos estos ingredientes, el comisario de *La catedral, palabra construida* ha diseñado un guión o hilo conductor que presenta una síntesis de la historia de la salvación y que constituye toda una catequesis acerca de la Iglesia local y que se desarrolla precisamente allí donde reside la cátedra del obispo y pastor de la comunidad que le ha sido encomendada. La catedral no es sólo una arquitectura armoniosa que causa admiración al contemplarla; es, sobre todo, una idea, una palabra construida, algo vivo e interpelante, testigo de la historia.

¿Réplica de Las Edades del Hombre?

La impresión primera que recibe el visitante es que se encuentra en una exposición que lleva el sello ideal de *Las Edades del Hombre*: el que persiguió en determinadas fases ese maravilloso proyecto de las diócesis castellano-leonesas surgido en la década de los ochenta del siglo pasado y el que nunca debió olvidar en algunas otras fases. Porque,

lo que podemos contemplar es todo un prodigio de arte, cultura y, sobre todo, catequesis, planteamientos que se echaban a faltar en algunas exposiciones de «Las Edades del Hombre»

en realidad, en la muestra palentina de ahora hay un desarrollo catequético que vemos plasmado en la organización de los materiales artísticos: teología e historia subyacentes en la configuración de las obras artísticas de gran valor que surgieron de la fe del pueblo cristiano para mayor honra y gloria de Dios en la Iglesia de cada época.

Diríase que el organizador de *La catedral, palabra construida*, Ángel Sancho, ha querido terminar los días de su misión pastoral haciendo con

total libertad lo que probablemente no pudo hacer en otros momentos. Y, como piezas artísticas tenía a mano en su propia diócesis palentina en cantidad más que suficiente y con calidad más que contrastada, la realización expositiva no ha debido de resultar demasiado complicada, sobre todo cuando muchos conventos pusieron a disposición obras que nunca habían salido de las clausuras y ahora se pueden contemplar con admiración.

Como es lógico, no podía –ni debía– desarrollarse la exposición –aunque el título de la misma parece reclamarlo– en todo el recinto catedralicio, procediendo nuevamente a su cierre temporal para las funciones litúrgicas, como ya ocurriera seis años antes con *Memorias y esplendores*. Aquella fue seguramente la muestra menos catequética y evangelizadora de todas las organizadas por *Las Edades del Hombre*, dada la mera sucesión de obras con el único criterio de seguir y mostrar el rastro histórico de los diversos estilos artísticos. Y da la impresión de que, con acierto, no se ha querido inducir a pensar que se trata de una réplica de las ya casi míticas exposiciones castellano-leonesas, precisamente en su propio terreno, en la diócesis que rige y pastorea quien en estos momentos preside la Fundación *Las Edades del Hombre*.

Por lo demás, y como ya viene siendo habitual, ha sido editado un catálogo con excelentes fotografías de las piezas que en ella se muestran; en este caso superan las doscientas cincuenta. Pero la publicación, de 440 páginas, deja memoria de una parte del extraordinario patrimonio cultural y artístico de la diócesis de Palencia puesto al servicio de una idea teológico-catequética en un momento concreto. Ya no se trata de hacer comentarios a cada una de las piezas, puesto que muchas de ellas han estado en otras exposiciones harto recordadas de *Las Edades del Hombre*. Ahora, lógicamente, se ofrecen las fichas técnicas con los datos indispensables (título, autor, época, materiales, dimensiones, propiedad, ubicación...) al lado de las fotografías, pero se da relevancia al amplio escrito de Ángel Sancho sobre la exposición. El obispo de la diócesis, monseñor Rafael Palmero Ramos, introduce la obra con un extenso trabajo, de gran calado teológico, titulado *La Iglesia: Madre que da vida*, donde recoge y amplía las ideas y contenidos de su tesis doctoral «*Ecclesia Mater*» en San Agustín, publicada hace un cuarto de siglo.

Para llevar a cabo la exposición y dejar memoria escrita de *La catedral, palabra construida*, la diócesis palentina ha encontrado la colabo-

ración del Ministerio de Cultura, la Junta de Castilla y León, el Ayuntamiento de Palencia, la Diputación Provincial y la Obra Social de Caja España, así como de otras empresas privadas.

Arte, cultura y catequesis

Según manifiesta el delegado de Patrimonio Cultural de la diócesis de Palencia y comisario de la exposición, «la catedral es, sobre todo, una idea, una palabra construida. La catedral es el Verbo. Literalmente, la palabra lo dice, es la cátedra del obispo. Su nombre proviene de esa cátedra. Se llamará catedral la iglesia donde esté la cátedra del obispo». Y añade: «La iglesia catedral ha quedado a través de los siglos y para siempre como porción escogida del Pueblo de Dios, con su obispo y su presbiterio, bajo el Espíritu Santo y el vicario de Cristo, fundada en la Palabra de Dios, en la Eucaristía y en los sacramentos».

Y nos encontramos en una catedral de gran belleza, perfección y grandiosidad. Además del ingente y valiosísimo patrimonio mueble, llama la atención por la magnitud de la fábrica: 117 metros de longitud, 64 de anchura y más de treinta de altura.

Es fácil concluir que Ángel Sancho se ha sentido a gusto reuniendo para esta exposición esos dos centenares y medio de obras de gran valor histórico-artístico, pertenecientes a los más grandes maestros de los siglos pasados. Lo que podemos contemplar es todo un prodigio de arte, de cultura y, sobre todo, de catequesis; planteamientos que, como ya hemos indicado en repetidas ocasiones, se echaban a faltar en algunas exposiciones de *Las Edades del Hombre*, que parecen de referencia obligada. Aunque por el número de piezas –aparte de la ya mencionada razón del tema– la exposición podría haberse desarrollado en todo el recinto catedralicio, se ha optado por concentrar las obras en las dependencias anejas del claustro y la sala capitular y mostrar el «guiño» de la remozada cripta visigótica. Y si en algún capítulo el visitante tiene la impresión de un cierto amontonamiento de las obras, enseguida se siente liberado por la luminosidad y amplitud del recinto claustral que lo acoge.

Etapas del recorrido

A la muestra se accede por una de las puertas de la plaza de la Inmaculada, donde se yergue el monumento que erigió el obispo Enrique Almaraz y Santos y el pueblo

de Palencia para conmemorar, en 1904, el cincuentenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María.

El Señor, el Mesías.– En la primera galería del claustro –restaurado y embellecido en estos últimos años– se muestran, con un fondo de suave color amarillo, las obras que hablan del Señor, el Mesías. Anunciado por los profetas, encarnado en el seno de María, nacido en Belén, predicó la Buena Nueva, padeció persecución y fue crucificado, aunque resucitó y envió el Espíritu Santo a su Iglesia. Cerca de cuarenta piezas procedentes de museos de la capital y de la provincia ofrecen una esplendorosa antología de la ingente producción de artistas como Pedro y Alonso Berruguete, Gregorio Fernández, Alejo de Vahía, Felipe Vigarny, el Maestro de Támara, autores flamencos... Bastan cuatro grandes crucificados para dejar testimonio de los acentos peculiares de cada uno de los cuatro grandes estilos: románico, gótico, renacimiento y barroco.

La Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra.– Otra galería del claustro da cabida al segundo capítulo de la muestra, en el cual se fija la atención sobre María, madre de Dios y madre nuestra. Ahora, con un fondo de tono azulado, símbolo de limpieza y pureza, se pre-

sentan numerosas imágenes de la Virgen, en un clima de luz, alegría y esperanza. Obras generalmente anónimas dan testimonio de la fe de las gentes a lo largo de los siglos, acentuando unos u otros dogmas y advocaciones marianas. María es la gran inspiradora de los artistas cristianos –poetas, músicos, pintores, escultores...– porque es la Madre del Verbo: María orante, inmaculada, madre, contemplativa, gozosa, dolorosa, intercesora, protectora, asunta, entronizada, coronada... Este capítulo quiere ser un cántico a la Madre de Dios y de la Iglesia en el 150 aniversario de la definición dogmática inmaculista, visualizado en esculturas, pinturas, tapices..., de diversas épocas y estilos, realizados a lo largo de mil años. Cuatro grandes tapices flamencos, que fueron donados por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, salidos hacia 1528 de los talleres de Bruselas, de unos veintiocho metros cuadrados cada uno, glosan con un alarde de colorido y expresividad escénica la Salve. Aquí hay obras de grandes maestros, como Juan de Juni, Diego de Siloé, los Berruguete, Alejo de Vahía, Mateo Sedano y autores anónimos del románico y del gótico. Una pieza interesantísima es la Virgen de Husillos o Santa María de Dehesa Brava, de unos veinticinco centímetros de altura, en cobre dorado y esmaltado, del siglo XIII, per-

teneciente al tipo de vírgenes entronizadas y abrideras, pues se trata de un verdadero sagrario (María lleva dentro de sí, eucarísticamente, a Cristo el Hijo de Dios), que acompañaba a los reyes en todas sus andanzas.

*muchos conventos
pusieron a disposición obras
que nunca habían salido de
las clausuras y ahora se
pueden contemplar con
admiración*

Cripta de San Antolín y trascoro.–

En este punto, la exposición abandona las galerías del claustro catedralicio y penetra en la catedral. Se detiene en el trascoro, donde puede admirarse el esplendor de las naves, el retablo plateresco, de Juan de Ruesga y Juan de Paredes, del siglo XVI, en piedra finamente esculpida, auténtica filigrana con restos de policromía, y el *Políptico de Nuestra Señora de la Compasión* con ocho tablas representando los siete dolores de la Virgen, y a ésta con San Juan, acompañados por el donante Juan Rodríguez de Fonseca, pintadas por Jan Joest de Calcar.

Allí mismo se encuentra la escalera que nos permite descender a la cripta visigótica. Es un espacio

de gran importancia arqueológica, arquitectónica y apologética. Es una manera de llegar hasta los orígenes de la Iglesia local: esa cripta del siglo VII es la huella más remota del «lecho de catedrales» (visigótico, románico, gótico, renacentista, barroco) que es «la Bella Desconocida» palentina. Las excavaciones han permitido bajar casi un metro el suelo, por lo que se ha llegado a descubrir los basamentos de las columnas prerrománicas. Una acertadísima iluminación ambiente esta sorprendente estancia de 27 metros de larga y 7 de ancha, que nos acerca, con inusitada emoción, a los niveles originales, a los siglos remotos de la diócesis de Palencia.

La Sala Capitular, testimonio de la vida del cabildo.— El cuarto capítulo de *La catedral, palabra construida* ocupa la sala capitular. En este apartado de la exposición se pretende acercar al visitante al testimonio de la vida del cabildo catedralicio, secularmente empeñado en la evangelización de la cultura. En el marco renacentista de comienzos del siglo XVI—arquitectura sencilla, solemne y bella, obra de Solórzano y de Gil de Hontañón— se pueden contemplar los cuatro enormes tapices de la colección *Historia de la salvación*, flamencos de los talleres de Bruselas del

primer tercio del siglo XV. Los cabildos encargaron obras a los grandes artistas, propiciaron y generaron cultura. Aquí pueden verse grandes cantorales de música gregoriana, una obra significativa del patrimonio palentino, como el *San Sebastián* de El Greco, y otras piezas también valiosísimas, como la *Quinta Angustia* de Vigarny, el díptico de Pedro Berruguete, la *Santa Ana triple* de Alejo de Vahía, la *Santa Catalina* de Mateo Cerezo, el óleo sobre tabla *Anamorfosis retrato de Carlos V* atribuido a Lucas Cranach...

La Eucaristía, la Iglesia.— Ya de nuevo en los claustros, la exposición aborda el quinto capítulo dedicado a la Eucaristía y la Iglesia. Como recuerda el *Código de Derecho Canónico* en el canon 8997, «el sacramento más augusta, en el que se contiene, se ofrece y se recibe al mismo Cristo Nuestro Señor, es la santísima Eucaristía, por la que la Iglesia vive y crece continuamente». De ahí que las obras que se muestran en este apartado estén íntimamente relacionadas con la liturgia eucarística. Con un fondo verde que evoca la esperanza cristiana, se presentan algunas de las grandes obras de orfebrería (custodias procesionales, cálices, cálices-custodias, patenas, copones, navetas, vinajeras, arquetas eucarísticas y portaviáticos, y hasta un

vaso que utilizó Santa Teresa). Llama gozosamente la atención una píxide, del siglo XIII, en cobre dorado grabado, cincelado y con esmalte champlevé azul turquesa, blanco y rojo. Destaca la gran cantidad de piezas de artística y original orfebrería del siglo XVI. Autores como Arfe, Benavente y Maese Calvo firman obras en las que la calidad artística de distintos siglos ha estado al servicio del gran misterio de la Eucaristía. La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia; el pan partido y repartido y compartido y adorado.

Santos palentinos o históricamente relacionados con Palencia.— El fondo rojo que caracteriza a los testigos de Cristo es el elegido para el capítulo sobre los santos palentinos. Aquí se recoge una muestra iconográfica que delata la vinculación de cristianos ejemplares con la diócesis palentina, bien porque en ella nacieron o porque en ella transcurrió algún momento de su vida: santos de todos los tiempos, testigos del vigor evangélico ayer y hoy, como San Antolín (patrono de la diócesis), San Zoilo, Santo Toribio, Santo Domingo de Guzmán, San Pedro de Osma, el Beato Pedro González Telmo, patrono de los navegantes, o los más cercanos en el tiempo, como el obispo don Manuel González, el trapense Hermano Rafael y, un poco

más lejano, el protomártir de la China San Francisco Fernández de Capillas.

Memoria escrita de la vida de la Iglesia en Palencia.— Con una tonalidad blanca, clara, luminosa, los fondos documentales y bibliográficos de la catedral palentina son el eje del séptimo capítulo, dedicado a la memoria escrita de la diócesis. En él se quiere recuperar el recuerdo del pasado, a través de los escritos, de la vida de la Iglesia que camina en Palencia y de su cabildo catedralicio. Entre las cuarenta obras aquí expuestas hay papeles de gran valor histórico y cultural (que, además, son una delicia para la vista), tales como el documento fundacional de la Abadía de Lebanza en 932, la bula de la restauración de la diócesis en el año 1035 por Sancho el Mayor de Navarra y algunos incunables, Biblias políglotas de Amberes y de Cisneros, ejemplares relacionados con el descubrimiento de América, libros de ciencias, letras, teología, derecho, geografía, medicina, música...

Descubrimiento y creación de vidrieras

Como sirviendo de cierre de la muestra se ofrece al visitante la recuperación de dos antiguas vidrie-

ras que habían permanecido ocultas en la nave principal de la catedral de Palencia durante siglos para proteger al órgano de los rayos solares y que han permitido llegar a conocer la autoría del maestro vidriero, que no es otro que Arnau de Flandes (cruce de los siglos XV-XVI), activo años antes en las catedrales de Avila y de Burgos. También se presentan los bocetos y pinturas que constituyen el proyecto para las nuevas vidrieras del claustro, obra del segoviano Carlos Muñoz de Pablos.

Cuando el visitante sale de esta muestra, comprueba con gozo una

vez más que los artistas trabajan para la eternidad: utilizan materiales de calidad y cuidan los detalles aparentemente insignificantes, incluso aunque el ojo humano no vaya a poder contemplarlos, dada la distancia en que serán colocadas las obras. Esos detalles resaltan sobremanera cuando, como es el caso de quien esto escribe, le ha sido dado observarlos para la realización de reportajes para la televisión.

No exagera nada el comisario de *La catedral, palabra construida* cuando afirma que la exposición es bella y profunda, atractiva y sugerente, importante y significativa. ■